



OBRAS Y AUTORES

700499.

## Roberto Otaegui: "Cinco Historias Diplomáticas"

Por HERNAN DEL SOLAR

Impresiones Arizco, de Buenos Aires, publica en elegante volumen esta nueva obra del chileno Otaegui, ventajosamente conocido en nuestro mundo literario. Otros libros suyos lo han situado entre los narradores que se distinguen y de los cuales se puede esperar una constante superación, pues se los ve preocupados de darles a su actividad literaria cada vez mayor agilidad y firmeza. Su primer libro de cuentos — "Del mundo interior" — apareció hace más o menos veinte años. Entre otras obras posteriores, hay dos que sobresalen de manera inequívoca: "Dónde se pone el sol", novela histórica premiada en Madrid, y "La eternidad no es mía", novela que obtuvo el premio Municipal Gabriela Mistral en 1966. Estos tres libros bastan para que se tenga de él una impresión precisa: es un psicólogo diestro y sabe reflejar con nitidez no sólo complejidades de la intimidad humana sino los ambientes en que se desenvuelven historias que exigen, por su naturaleza, una minuciosa atención y un cúmulo de conocimientos de muy diverso orden.

Usas breves líneas explicativas nos detienen a la entrada del volumen. Llamos: "Como portada de Cinco Historias Diplomáticas se ha elegido un dibujo satírico que representa la vida de consuelo, que por ser astuta, venenosa y repante tiene gran similitud con la función diplomática". Roberto Otaegui es diplomático, agudo observador de la realidad, y como no olvidamos ambas cosas nos preparamos anticipadamente, al leer las palabras que acabamos de transcribir, para internarnos por un mundo que mantendrá vivo nuestro interés, acrecentándolo a menudo en dosis nada despreciables.

No nos equivocamos. Desde el primero de los cinco cuentos nos rodea, sin interrupción, una firme curiosidad de lectores que desean saber, de página en página, lo que sucederá en las siguientes. Esto no ocurre sino de cuando en cuando con novelas y cuentos actuales, por la razón sencilla de que los autores, por la general, parecen querer ocultar el hecho de que se hallan contando una historia. A veces consiguen ocultarlo tan bien que se necesita un don adivinatorio nada común para saber por dónde anda o dejó de andar lo que creemos que se nos contaba o se nos iba a contar.

Roberto Otaegui no es prestidigitador. Nada escamotea para mostrarlo en seguida con sonrisas de triunfador. No quiere trucos. Si lo que se propone es relatar, relata así: mayores preámbulos. Va rectamente al caso que le interesa que conozcamos. No le teme a la actitud tradicional de ser un narrador directo, un narrador que se complace en su relato y lo único que anhela es desenvolverlo con la mayor claridad posible. Esta actitud, libremente elegida, le basta para que sus historias tengan autenticidad, sean proyecciones precisas de una realidad hábilmente amalgamada, con apoyo de observaciones y experiencias verdaderas.

Los cinco relatos que constituyen la obra desenvuelven distintas etapas de la carrera diplomática. Es un cuadro de minuciosa exposición, que fija de modo relevante ciertos momentos característicos de una actividad en donde la persona se encuentra de continuo obligada a despostrarse, a esconder rasgos propios para aparecer ante los demás como imagen de un cargo, de un servidor diligente de propósitos

ajenos. Esta representación de un papel, profesionalmente realizada en los más diversos escenarios geográficos, impone una deformación de la personalidad, que al cabo de los años suele compensarse con cruces, medallas y cordones que celebran — honrosamente — la capacidad de transmutación.

Roberto Otaegui narra en la primera de sus historias la iniciación de la carrera. El personaje es un muchacho que parte a un país distante con el rango de consejero. Le gusta esta palabra, le parece henchida de dignidad, espléndida sólo para los sueños más desenfrenados. El consejero siente que al doblar de esta palabra están aguardándole los amores más apasionados, las más inesperadas distinciones, una vida feliz, magníficamente rentada, un mundo amplio y, esta vez, nunca ajeno. La curiosa aventura que recorre al consejero a las puertas de su iniciación está contada por Otaegui con amabilidad, soltura, y un buen humor de visible calidad.

La actitud asumida en este primer cuento se convierte en el segundo — "Una charca y un manglar" — en una confesión que impresiona fuertemente y deja rastro. El narrador es el protagonista de la historia. Desde el comienzo se siente que entraremos en un caso desasustante. "Here ya mucho tiempo — nos dice el personaje — que la Cancillería se olvidó prísticamente de mi existencia. Creo no equivocarme al suponer que no soy más que un nombre en sus listas y una cifra de quinientos dólares en su presupuesto; pero no me quejo, ni tendría derecho a hacerlo, siendo el principal responsable de dicho estado de cosas". El tono es el de una tranquila aceptación de la suerte. ¿Acaso esta es propiedad? Harlo menos que eso: hace ya diez años se tiene al personaje hundido en un puerile tropical donde la vida parece haber hecho zanca toda posibilidad de satisfacciones apetecibles. Sin embargo, escribe el personaje: "Acabo de cumplir diez años de permanencia en el puerto de San Jorge y ya voy perdiendo el miedo de qué me trasladan a otro lugar del mundo o me hagan retornar al Ministerio. Al paso de los años, me he ido sucediendo algo similar a lo que le acontece al hombre con la idea de la muerte: que cuando joven la tiene siempre en su imaginación y la llena de miedo, acaso porque no adquiere todavía el hábito de vivir, pero más tarde, y a pesar de que el final se encuentra cada vez más próximo, comienza a olvidarla y ve pasar el tiempo sin angustia, como si le hubieran obsequiado la eternidad".

Cónsul de Chile en San Jorge, puerto imperceptible en la costa del Pacífico, a la altura de un país centroamericano, no es un puesto que seduzca grandemente, sin duda, a los que van abriendo camino por la diplomacia. Es lugar como de desierto. Pero el personaje (¡qué perderlo, creyendo que la vida de alguno podía arrebatárselo. Ahora, cuando empieza su confesión, está contando. El olvido en que se le mantiene de paz, seguridad, despreocupación que premia lo mejor que puede el amor semanal de una negra. La historia no tiene complejidad alguna. Es un caso simple: el abulón que se da por entero a una vida sin cambios. Creemos que es, posiblemente, el mejor de los cuentos del volumen. Los restantes, que proyectan otras experiencias y muestran con maestría ambiciones, vanidades, aburrimientos, oropel, sostienen parecida firmeza, ironía y agilidad narrativa. El libro es un nuevo acierto de Otaegui.

El Mercurio, Santiago, 28-III-1971. p. 5.

# Roberto Otaegui: "cinco historias diplomáticas" [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Roberto Otaegui: "cinco historias diplomáticas" [artículo] Hernán del Solar.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile